

**CANO, E. (2005). *Cómo mejorar las competencias de los docentes. Guía para la autoevaluación y el desarrollo de las competencias del profesorado*. Barcelona: Graó, 213 páginas.**

Si adquirimos esta obra, guiados por la idea de que es una más sobre competencias, nos equivocamos. En absoluto es un libro teórico, donde se encuentren profundas claves epistemológicas sobre las competencias. Creo que a la autora le interesa más informarnos sobre algunas de ellas de forma amplia y, especialmente, práctica.

La estructura está compuesta por nueve capítulos. Los dos primeros se ocupan de hablar someramente de la formación basada en competencias y de las competencias en el nuevo docente. El resto, entran de lleno en el desarrollo de determinadas competencias: la capacidad de planificación y organización del propio trabajo (3), la competencia comunicativa (4), la capacidad de trabajar en equipo (5), habilidades interpersonales para la resolución de conflictos (6), la capacidad de usar significativamente las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (7), el autoconcepto, la base de nuestro trabajo (8), y la autoevaluación de nuestro trabajo como vía para la mejora (9).

Una de las bondades que ofrece su lectura es que se propicia y se estimula en cada capítulo la reflexión, no ya porque al final de cada uno plantee preguntas encaminadas a que se extraiga la idea más importante, a que se advierta el aprendizaje principal y a que se explicita una propuesta de mejora en relación con la competencia expuesta; si no porque continuamente conecta la teoría que se nos está argumentando, con un ejercicio práctico que nos detiene a pensar en él.

La actualidad de este libro es indiscutible, ya que el proceso de Bolonia nos está obligando a hablar de las competencias. Todas las profesiones –unas con más conflictos que otras– están delimitando las competencias en pos del ajuste salarial y el mundo universitario no iba a ser menos. Se habla de competencias que te capacitan para realizar unas funciones. Y en esas estamos, ¿qué somos capaces de hacer, y, por tanto, para qué nos hace competentes la formación recibida?, ¿en qué debe ser competente el docente? Ninguna facultad de Educación debe obviar este hecho. Desde esta perspectiva, me parecen especialmente relevantes los capítulos que tratan la competencia comunicativa, el trabajo en equipo y, sobre todo, el autoconcepto. Con respecto a este último, Tedesco (2001) apuesta por una selección de los docentes, poniendo el acento no sólo en las calificaciones intelectuales de los futuros docentes sino en sus características de personalidad. Es necesario, en consecuencia, una formación académica, pero la vez dedicar espacios de reflexión sobre *“la persona”* y el grado hasta el que se está dispuesto a comprometerse con *“la profesión”*. Todo ello revertirá en la salud personal y profesional del profesor, así como en la consideración del alumno como persona y como aprendiz. Y es que la enseñanza, como postula Day (2005) implica unas cantidades inmensas de trabajo en el aspecto emocional. Esos compromisos emocionales forman parte del yo esencial y profesional de los profesores. La profesora Montero (1999) entiende que en la formación del profesorado se debía de incluir el estudio de *“sí mismo”*, del *“conocimiento de sí mismo”*, pues, esta medida *“ayudaría a afrontar mejor los factores de estrés vinculados a la tarea profesional de la enseñanza”* (p.115). Se trata de que los valores desempeñen un papel explícito al lado de las cuestiones racionales.

Las ideas que estos capítulos recogen, estimulan que nos replanteemos nuestro quehacer docente diario, desde el diseño hasta su puesta en práctica. En uno de ellos, la autora arguye que *“la competencia sólo se revela si se posee cuando, en la práctica, se movilizan diferentes recursos y conocimientos y se hace frente a una situación problemática”*, en consecuencia, estamos obligados a arbitrar contextos prácticos durante la formación inicial, pues sólo así sabremos si el alumnado en formación es competente – implicando cambios estructurales, de gestión y de planes de estudio-. Otro tema que se

aborda es la necesidad de que reconozcamos la importancia de la competencia comunicativa, pues, *"hemos de ser conscientes de que los mensajes que transmitimos intencionalmente son sólo una parte de lo que comunicamos"*. Otro punto, que nos alegra que se trate, es que el alumno, a partir de ahora, será el protagonista de su aprendizaje. Esta concepción, en consonancia con el Espacio Europeo de Educación Superior, propicia el desarrollo del trabajo colaborativo, lo cual, a su vez, exige al alumno saber trabajar en grupo siendo un equipo, porque *"todos los equipos son grupos, pero no todos los grupos son equipos"*.

Cada una de estas ideas (competencias) responde a un capítulo, en el cual aparecen actividades prácticas y sugerentes, que nos ponen en situación y animan la búsqueda de una solución. Cualquier *"profesional"* que *"comunique"* *"algo"* a *"alguien"*, debería leer este libro.

María Purificación **Pérez García**